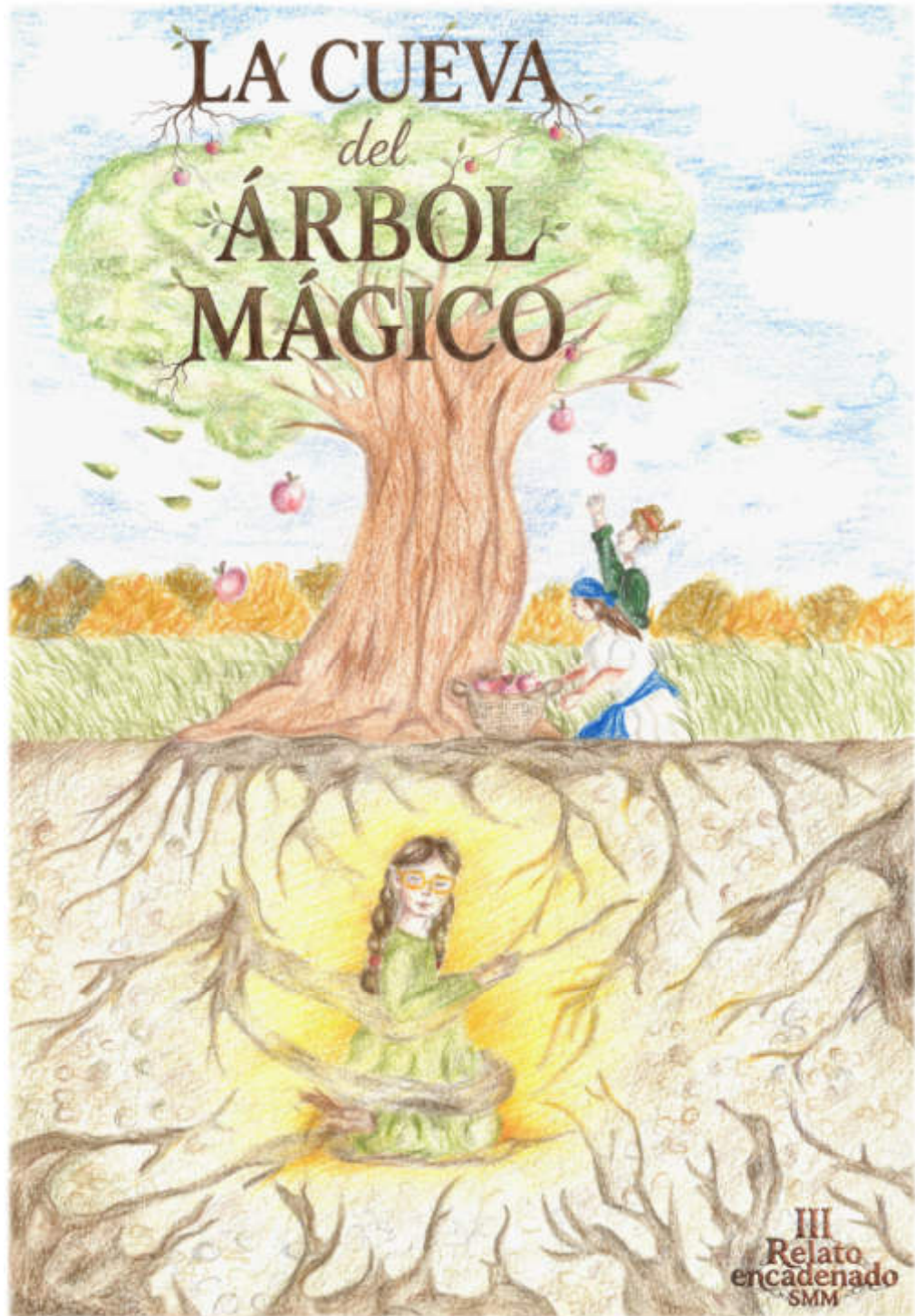


LA CUEVA del ÁRBOL MÁGICO



III
Relato
encadenado
SMM



LA CUEVA
del
ÁRBOL
MÁGICO.

III
Relato
encadenado
SMM



Coordinación editorial: Biblioteca SMM

Diseño y maquetación: Javier González



© Ediciones SMM

Portada: Marta Rojo Torrecillas (4° ESO-D)

Coordinación Portada: Any Ballesteros

Texto:

Sara Casas Rego (3° EP-A)

Paloma Pérez Pérez (3° EP-B)

Álvaro Saá Gómez (3° EP-C)

Pedro Rubal Vázquez (3° EP-D)

Marina Rial Mouriño (4° EP-A)

Alicia Fuciños Fernández-Platas (4° EP-B)

Diego Arruñada Junquera (4° EP-C)

Alba Cerdeiriña Bravo (4° EP-D)

Almudena López Fernández (5° EP-A)

Pablo Presedo Rey (5° EP-B)

Inés Regueira López (5° EP-C)

Ariel Betancourt Villadóniga (5° EP-D)

Valeria Colomba Mon Chao (6° EP-A)

Aquiles Míguez Iglesias (6° EP-B)

Luis Vázquez García-Garabal (6° EP-C)

Manuel Mira Lema (6° EP-D)

Isabel Durán López-Rioboo (1° ESO-A)

Guillermo Pazos de Sousa (1° ESO-B)

Lucía Arruñada Junquera (1° ESO-C)

Pablo Piñón Arévalo (1° ESO-D)

Jaime Zamorano Boedo (2° ESO-A)

Hugo Montero Gómez (2° ESO-B)

Eva Abad Fernández (2° ESO-C)

María Seijas Diz (2° ESO-D)

Emma Otero Benedicto (3° ESO-A)

Sabela Iglesias Catoira (3° ESO-B)

Xosé Paz Pena (3° ESO-C)

Adolfo Egaña González (3° ESO-D)

Celia Juárez Malvido (4° ESO-A)

María Couto Carretero (4° ESO-B)

Iago Barral Lence (4° ESO-C)

Flavio Moreira Roca (4° ESO-D)

Sara Coronel Larrea (1° Bach-A)

Cristina Gómez Durana (1° Bach-B)

Antón Maroño Ramos (1° Bach-C)

Alejandro Souto Fuentes (1° Bach-D)

Flavia Dans Castro (2° Bach-A)

Paloma de Marcos Cobián (2° Bach-B)

Fernando Molina García (2° Bach-C)

Lucía Rodríguez Vázquez (2° Bach-D)

Ilustraciones:

Julia Chorén Cillero (Tambor)

Sofía Iglesias Alonso (Cascabel)

Pepe Cotelo Uliarte (Pandereta)

Daniela Lema Lema (Maracas)

Gabriela Blanco Miragaya (Luna)

Matilda Lema Jiménez (Estrella)

Paula Rey Varela (Planeta)

Curro Méndez Vicente (Cohete)

Santiago Castelo Losada (Pez)

Carmen Marcos Ferreiro (Ardilla)

Mariña Ceniceros Otero (Panda)

Julia Sánchez López (Pingüino)

Vera Arnáez Chechina (1° EP- A)

Ana Fuciños Fernández-Platas (1° EP-A)

Jorge Seoane Vázquez (1° EP- A)

Marta Lobón Fernández (1° EP-B)

Olivia Cruces Taboada (1° EP- C)

Sofía Chorén Cillero (1° EP- D)

Iago Camacho Teijo (2° EP-A)

Sabela Domínguez Nogueira (2° EP-B)

Mateo Fernández Martínez (2°EP-C)

Jesús Herranz Longueira (2°EP-C)

Lola Barón Boedo (2° EP-D)

Xoel Martínez Martínez (2° EP-D)



Amable lector, acomódate.
Si esperas que un narrador
omnisciente y aburrido te cuente
este relato, te equivocas. Seamos
sinceros: ya estamos hartos de que
otros hablen por nosotros. ¿Quién
mejor que un protagonista en
apuros para explicar lo
acontecido? Aquí encontrarás una
aventura llena de escenarios
espectaculares y personajes
entrañables; pero seremos nosotros
mismos quienes te narremos la
historia.

23
de abril
de
2026



**Día del
Libro**





n una campiña no muy lejos, un árbol robaba la atención de todos aquellos que lo veían. Y no era porque se saliera de lo común —no era ni muy alto ni muy bajo, ni torcido ni del todo recto, ni muy grueso ni muy delgado—; simplemente, era un árbol.

Su secreto estaba en el movimiento de sus hojas, si paseabas y te detenías un instante podías ver cómo dibujaban formas de todo tipo, impulsadas únicamente con la fuerza del viento. Algunas veces parecían ondas suaves; otras, remolinos juguetones, e incluso creaban figuras que se deshacían antes de que uno pudiera nombrarlas .



Muchos caminantes habían intentado descifrar aquel misterio, pero ninguno lo conseguía porque se quedaban embelesados por aquel vaivén casi hipnótico.

Sin embargo, una tarde, mientras el sol caía despacio y el cielo se pintaba de naranja, ocurrió algo distinto. El viento soplaba muy suave, como si escogiera



cada movimiento con mucho cuidado, haciendo que las hojas comenzaran a moverse de una forma que nadie recordaba haber visto antes. Era un gesto preciso e intencionado, como si el árbol intentara señalar algo más allá del prado .



Un viajero que pasaba por allí se detuvo sorprendido por el nuevo movimiento de las hojas. Esta vez parecían juntarse y separarse como si marcaran una dirección. Siguiéndolas con la mirada, creyó ver un pequeño destello entre la hierba, algo que nunca antes había estado ahí. Sintió entonces que el árbol no solo se movía por

el viento, sino que intentaba mostrarle algo. Con curiosidad, dio un paso hacia donde el árbol parecía señalar, sin saber qué podría encontrar.

Entre el árbol y el camino no había nada, solo una pequeña parcela de hierba a la que apenas se solía prestar atención, era hierba como cualquier otra de los alrededores. Tenía algunas calvas donde la vegetación se negaba a brotar y se exponía la tierra y algunas piedras sin orden. Sin embargo, nadie miraría dos veces aquel terreno si no se lo señalaran.



Al principio, nuestro caminante pensó que se trataría de algo sin importancia que habría saltado del sendero al pasto, posiblemente una bicicleta o cualquier niño de la zona jugando. Pero era algo más especial, pues por algo llamó su atención, ¿no?

Pasados unos minutos, el viajero descubrió la magia del lugar. Al sentarse sobre una roca a beber agua mientras contemplaba el espectáculo, el suelo se abrió bajo sus pies; cayó por una especie de tobogán muy ruidoso y terminó empapado por el agua que estaba tomando .



El lugar al que llegó era oscuro y frío. El pobre viajero estaba congelado, se sentía asustado y solo; el miedo empezó a apoderarse de él hasta que rompió a llorar. Entonces, mientras sus lágrimas caían, se formó un destello.

Ese destello iluminó la estancia; el viajero dejó de llorar y se sintió más

tranquilo. Ahora podía ver con claridad que se encontraba en una cueva, pero mucho más acogedora de lo que imaginó al principio: tenía luces cálidas, no era ni muy grande ni muy pequeña y en las paredes había unos grabados arcanos que parecían contar la historia del árbol .

Nuestro viajero, Cándido, estaba tan absorto con la historia de la pared que no notó la presencia a su espalda. Al oír un crujido se giró bruscamente; del susto, casi se desmaya. Tras él había una chica de baja estatura y expresión agradable, con ojos saltones y una larga melena



castaña peinada en trenzas. Llevaba unas gafas enormes de un amarillo intenso y una vestimenta peculiar: una túnica verde como la copa del árbol, medias marrones como el tronco y botas que parecían hechas de raíces.



—Tranquilo, no te voy a hacer daño —dijo la chica—. Me llamo Diane y soy hija del árbol que viste en la superficie; llevo atrapada aquí dos siglos .

—Y... ¿hay alguna forma de salir? ¿Yo también estaré aquí tanto tiempo? —preguntó Cándido con preocupación.

—Espero que no —contestó Diane—. He estado investigando estas marcas porque creo que nos pueden ayudar a salir.

—Vale, pero ¿cómo terminaste en este lugar? —quiso saber Cándido.

—Es una historia curiosa —comenzó Diane—. Antes de acabar aquí, mi padre y yo vivíamos en un pueblo muy tranquilo; él era el gran hechicero y poseía los poderes de la naturaleza. Yo tenía una hermana gemela llamada Flora, pero desde que nacimos me trataron como a un error: a ella le daban todo y para mí nunca había nada. Un día vi a mi padre practicar magia oscura, el hechizo salió mal y se convirtió en árbol. Corrí a pedir ayuda, pero Flora fue más rápida. Cuando llegué, ya era tarde: me había echado la culpa de todo. El pueblo se enfureció conmigo porque mi padre era muy apreciado y, como castigo, me encerraron aquí .



—¿Por qué te echó la culpa tu hermana? —preguntó Cándido.

—A pesar de que mis padres preferían a Flora, el pueblo siempre me apoyó a mí. Supongo que tenía envidia de lo querida que era —respondió Diane.

En ese momento, los grabados arcanos se iluminaron con un azul intenso que inundó todo el lugar. Cándido, sobresaltado, dio un paso atrás y pisó una losa oculta bajo una capa de musgo. Al mirar de nuevo la pared, se dieron cuenta de que los grabados habían desaparecido; en su lugar se abrió un hueco que emitía el mismo destello azul



.Diane y Cándido se miraron con entusiasmo y decidieron seguir el destello. Acabaron en una galería enorme donde un atril encantado sostenía un libro de magia oscura, custodiado por una serpiente gigantesca escupe-fuego.

En ese instante sintieron verdadero terror. Diane le confesó a Cándido que conocía algunos trucos de defensa que su padre le había enseñado. Él, angustiado, le preguntó si alguno de esos hechizos serviría para burlar a la serpiente enrollada alrededor del atril.

—No recuerdo muy bien los hechizos, —admitió Diane—, pero me viene a la memoria un canto que recitaba mi madre para hacerme dormir plácidamente. Necesitaré tu ayuda para que la melodía surta efecto .



Justo cuando se disponían a cantar, la serpiente lanzó una llamarada hacia ellos. Juntos, empezaron a recitar el cántico que decía tal que así:



“Santa María, junto a la ría, deeel maar...”



Gracias al cántico, la serpiente cayó sumida en un profundo sueño. Sin perder un segundo, Cándido cogió el libro que levitaba sobre el atril. En cuanto lo hizo, el soporte se desvaneció y la sala empezó a desmoronarse; ambos huyeron a toda prisa con el libro en sus manos .



Encontraron una gruta entre las rocas y huyeron por ella hasta alcanzar una segunda estancia. Apenas entraron, el pasadizo por el que habían pasado quedó sepultado entre rocas. En uno de los muros había un mensaje escrito en una lengua desconocida para ambos.

Diane comenzó a examinar el libro y, tras hojearlo con atención, dio con una clave para descifrar los extraños caracteres. Una vez traducido el mensaje, leyeron:



“Para de aquí escapar, la piedra dorada deberás buscar”.

Tras una búsqueda larga y minuciosa, el silencio de la sala se rompió con el grito de Cándido:

—¡Aquí, aquí! ¡La he encontrado!

Al coger la piedra, descubrieron unas flechas que parecían

indicar la salida. Decididos, las siguieron hasta toparse con una bifurcación: uno de los senderos era sombrío y frío, mientras que del otro emanaba una luz misteriosa. Diane se encaminó hacia la oscuridad, pero Cándido la detuvo.

—Seguro que ese no es el camino —le dijo— deberíamos ir por el lado luminoso.

Cándido se adelantó y Diane lo siguió. Con los primeros pasos el suelo comenzó a ceder, ella logró sujetarlo del brazo justo antes de que se precipitara al vacío, pero el peso de Cándido la arrastró y ambos cayeron por un abismo oscuro hasta aterrizar en un oasis. Diane abrió los ojos poco a poco y vio el lugar más mágico que jamás pudiera haber imaginado: ante ella palpitaba el corazón de su padre.



Diane se giró para hablar con Cándido, quien estaba tirado en el suelo, inconsciente; en la caída se había llevado un golpe muy fuerte. Alarmada por el estado de su amigo, decidió utilizar su hechizo más poderoso: la manzanilla mágica, un brebaje capaz de curar cualquier dolencia. Se lo dio a pequeños sorbos y, mientras esperaba que hiciera efecto, siguió observando embelesada su alrededor.



Cándido finalmente consiguió despertar. Diane corrió a su lado y lo encontró maravillado ante la grandeza del paisaje.

—¡Ves! Tenía razón, ¡no tendríamos que haber ido por el camino luminoso! —le recriminó Diane.

—¡Yo qué iba a saber! Siempre es mejor un camino iluminado que uno oscuro —respondió Cándido, enfurruñado.

—Pero tenía razón, ¿no? —insistió ella.



—Bueno, vale, lo que tú digas —zanjó Cándido.

—Fíjate, ahí está el corazón de mi padre —señaló Diane.

—¿Por qué está ahí? —se interesó Cándido.

—Supongo que, al usar magia negra y fallar el hechizo, mi padre se convirtió en árbol; todo excepto su corazón, que sigue latiendo —explicó ella.

—¿Y cómo podemos devolverlo a su forma original? —preguntó Cándido.

—Según las historias que me contaba de pequeña, siempre hay un hechizo de magia blanca para contrarrestar uno de magia oscura —aclaró Diane.



En ese momento, el corazón volvió a latir con fuerza, como si respondiera a las palabras de Diane. El sonido retumbó en todo el oasis y el libro empezó a brillar entre sus manos.

—Entonces, el hechizo tiene que estar aquí —susurró Cándido, acercándose.

Las páginas se abrieron solas hasta mostrar un conjuro de magia blanca, pero al final faltaban unas líneas, como si alguien las hubiera arrancado. Diane frunció el ceño y miró el corazón de su padre, que latía cada vez más deprisa. Tal vez la parte que faltaba no estaba escrita en el libro, sino escondida en aquel lugar...



—Tenemos que buscar las frases restantes —susurró Diane tras ojear el lugar.

Durante los siguientes veinte minutos buscaron por todos lados hasta que, en una esquina, encontraron una bolsa llena de palabras sueltas. Tenían que unir las para formar las frases que faltaban y así dar con el conjuro que salvaría a su padre.

Cuando ya llevaban un rato probando y empezaba a anochecer, resolvieron el acertijo y dedujeron qué le faltaba al libro para que el conjuro tuviese sentido.

Cándido fue el primero en leer el mensaje completo. Cuando comprendió lo que el conjuro implicaba, algo dentro de él pareció detenerse: no dijo nada, no se movió y sus ojos quedaron fijos en un punto del suelo.



—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Diane al cabo de unos segundos.

Cándido no respondió. Ella, cansada de esperar, le arrebató el trozo de papel de las manos y leyó:

“Para al árbol la vida devolver, otro corazón se deberá ceder”



Lo entendió de inmediato. —Mi padre no puede volver sin que alguien ocupe su lugar.

Cándido negó con la cabeza. —Tiene que haber otra forma —dijo.

Diane se limitó a mirarlo en silencio. Le agradeció su ayuda, pero se despidió



diciendo que aquel era un asunto que su padre había empezado y que ella debía cerrar. Avanzó lentamente hacia el corazón. Cuando estuvo frente a él, respiró hondo y, con voz firme, comenzó a pronunciar el conjuro

No había ni pronunciado la primera palabra cuando Cándido la frenó. No podía dejar que Diane se sacrificara tras haber estado encerrada dos siglos. En ese momento la apartó y comenzó a reflexionar sobre lo ocurrido: las hojas moviéndose, el destello en la hierba, la llamada hacia la puerta luminosa... Eran demasiadas casualidades. Tenía que ser él.

Respiró hondo y empezó a recitar el conjuro de la mano de Diane:

“Tu corazón por mi corazón, juntos en armonía; sigue la luz, vuelve a la vida ”.





Tras pronunciarlo tres veces, se vieron envueltos en un remolino de luz. De repente, y sin saber cómo, aparecieron frente al árbol. Ambos se miraron, no sabían qué había pasado. Las hojas empezaron a caer rápidamente e iniciaron una espiral alrededor del árbol que se elevó hasta

el cielo. Diane y Cándido se quedaron paralizados ante la situación.

Cuando todo volvió a la calma, se dieron cuenta de que sobre la hierba estaba Silvano, el padre de Diane. Ella corrió hacia él y ambos se fundieron en un gran abrazo. Finalmente, Silvano, cansado por el largo viaje, sonrió a Cándido y le dijo:

—Tu generosidad nos ha salvado. Gracias .





FIN



Día del Libro 2026

A todos los que habéis prestado vuestra voz a este III Relato Encadenado SMM: ¡GRACIAS!
Gracias por cada palabra, por cada giro inesperado y por celebrar este Día del Libro de la mejor manera posible: escribiendo juntos.



Colegio
Santa María del Mar
Jesuitas - A. Coruña

